B Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

¿QUÉ ES EL HOMBRE ANTE DIOS?

Su pequeñez y su nada y a la vez su grandeza y dignidad

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN-84-7770-482-1
Depósito Legal ZA 37, 2000
Imprime Ediciones Monte Casino
Tel. 980 53 16 07
49080 ZAMORA, 2000

Por vía de prólogo

¿Qué es el hombre? ¿Qué es delante de Dios? La reflexión sobre estas preguntas nos hará comprender nuestra pequeñez y nuestra nada, y nos servirá para aprender una lección de humildad y del conocimiento de la grandeza y dignidad a que hemos sido elevados por Dios.

El hombre es nada cuando se aleja de Dios o se rebela contra él, y es nada si se compara con el poder y la grandeza de Dios.

Algunos (los santos) saben estos principios y obran según los mismos. Otros no lo saben y se los enseña Dios como conviene. A estos tales que no sabían estas cosas y a muchos de nosotros que las sabemos, suele suceder que no pensamos en ellas hasta que Dios nos las enseña a veces con dureza, con contrariedades...

Con este breve estudio iremos comprendiendo con Santa Teresa de Jesús que "andar en humildad es andar en verdad; porque es verdad muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada" y con San Agustín: "Esta es la gran ciencia: saber el hombre que por sí mismo es nada y que cuanto es, lo es por la gracia de Dios y para Dios" (In. Ps. 71.1).

El que comprenda su nada, recordará los motivos que tiene para vivir en humildad y practicando la virtud sabrá mantenerse en la gran dignidad a que ha sido elevado por Dios. A este fin iré exponiendo ¿qué es el hombre? ¿qué es delante de Dios?, cuál es su pequeñez e insignificancia, y a su vez cuál es su grandeza y dignidad.

BENJAMIN SÁNCHEZ MARTÍN
Zamora, 11 enero, 1998

PRIMERA PARTE

PEQUEÑEZ E INSIGNIFICANCIA DEL HOMBRE

¿Qué es el hombre?

El hombre es un ser racional y libre compuesto de alma y cuerpo, creado por Dios a su imagen y semejanza. En cuanto al cuerpo es un ser insignificante, ser expuesto a todas las enfermedades desde su nacimiento, y la enfermedad es el camino que conduce a la muerte. "¿Qué habéis sido?, dice San Bernardo, ¿qué sois? ¿qué seréis? ¿qué habéis sido? Una vil nada. ¿Qué sois? Un vaso lleno de corrupción. ¿Qué seréis? Pasto de gusanos..."

Por lo que hace al cuerpo, el hombre es muy poca cosa. La importancia del cuerpo es de segundo orden, la primacía la tiene el alma, que es de gran valor por ser espiritual e inmortal.

Para comprender este gran valor, basta saber que por ella millares y millares de mártires han sufrido grandes persecuciones y tormentos y los han preferido antes de perderlas, y si preguntamos a las personas contemplativas y de enseñanza, por qué hacen tantos sacrificios y lle-

van vida mortificada, dirán: "Por salvar su alma y otras almas.

Además, basta saber el precio elevado por Jesucristo para salvar nuestras almas: *"Habéis sido rescatados no por oro ni por plata, que son cosas perecederas, sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado"* (1Pe.1-18).

El precio de Cristo por la salvación de nuestras almas es su sangre; pero hemos de notar que para salvarnos depende de nosotros, en el sentido de que somos libres. *"Al principio Dios creó al hombre y lo dejó en mano de su libre albedrío. Le dio además sus mandatos y preceptos. Si quisieres guardar los mandamientos, ellos te guardarán; y habrás conservado para siempre la fidelidad que tú habrás querido. Puso ante ti el agua y el fuego, extiende tu mano a lo que quieras. Ante el hombre está la vida y la muerte, el bien y el mal, lo que eligiere, eso se le dará...Dios a nadie mandó obrar mal, y a nadie concedió permiso para pecar..."* (Eclo.17).

Dios nos da su gracia para que podamos cumplir sus mandamientos, pero tenemos que cooperar, y de nosotros depende.

Insignificancia del hombre

El hombre es un ser miserable, enfermo, el más cargado de padecimientos y achaques, el más corrompido en sus inclinaciones y el más infecto, ya durante la vida, ya después de la muerte...

No es, pues, extraño que diga San Bernardo: "Si consideras, oh hombre, lo que arroja tu boca, tu nariz, y todo tu cuerpo, jamás habrás encontrado tan vil muladar" (Medit.c.3).

Solón, uno de los siete sabios de Grecia, dijo: "El hombre es en su nacimiento la debilidad misma; durante la vida tiene los instintos del animal, y cuando muere los gusanos lo consumen" (Teste Laertio).

San Gregorio Magno pregunta: "¿Qué es el cuerpo sino podredumbre y gusanos? Y todo el que está devorado por deseos carnales, ¿qué ama sino un montón de gusanos? Porque la tumba manifiesta lo que es la sustancia del cuerpo. ¿Dónde está el pariente, dónde está el fiel amigo capaz de tocar el cadáver que esté hormigueando de gusanos de su amigo, por más amado que fuere?" (Moral. Lib. 16).

"Mi carne, dice Job, *está cubierta de polvo y podredumbre; mi piel está seca y contraída"* (7-5)

Con razón dice San Gregorio Nazianceno: "No comprendo la mezcolanza que hay en mí: Soy imagen de Dios, y por mi cuerpo estoy en el fango. Si mi cuerpo disfruta de salud, me hace una guerra sin tregua: sólo puedo vencerlo declarándole a mi vez la guerra; y entonces me llena de tristeza. Le amo como a un servidor o a un compañero, y le aborrezco como a un enemigo. Huyo de él como de una cadena pesada, y le temo porque se adhiere a mi ser" (Orat.16).

"Si me afano por debilitarlo y cansarlo, no sé ya a quién recurrir para las grandes acciones; si, por el contrario, lo mimo como a un auxiliar y a un compañero, no deja pasar ninguna circunstancia sin apoderarse de mí para alejarme de Dios; me arroja en el suelo, me ata y me pisotea. Es un enemigo dulce y cándido en apariencia, y un amigo que a cada instante me tiende lazos espantosos y peligrosísimos" (S. Greg. Naz.ut supra).

¡Admirable unión y despego! Abrazo lo que temo, y temo lo que amo. Si no le declaro la guerra, me ama, y amándome me mata; desconfío de él, y sólo tendré paz cuando muera".

Jamás ningún hombre ha hablado de una manera más sensata, que Crates cuando decía a

un joven que tenía un gran cuidado de vestir y alimentar bien a su cuerpo: "¡Desgraciado, deja de alimentar con perjuicio tuyo la cárcel en que estás encerrado!"(Ita Maxim).

"El cuerpo que se corrompe, hace que el alma esté pesada, y esta habitación de la tierra abate el espíritu". El salmista había comprendido esta verdad al decir: "Señor, mi ser no es nada ante ti" (39,6).

Dios es el SER, la criatura el NO SER, la nada

Dios es el que es, el ser por esencia. Él lo es todo, nosotros somos *nada y pecado...* Lo bueno que tenemos es un don de la misericordia de Dios.

Así como el nombre de Dios es *el ser: "Yo Soy el que soy. Este es mi nombre desde la eternidad"* (Ex. 3, 14-15); el nombre de las criaturas es el *no ser, la nada.* Si preguntásemos a la tierra, al hombre y al ángel: ¿Quiénes sois? ¿Cómo os llamáis? Podrían y deberían respondernos: No somos nada. ¿Por qué? Porque 1º todo lo creado, antes de serlo, era nada; 2º Porque si es corruptible y perecedero, será otra vez nada; y si es incorruptible, como el ángel, puede sin embargo volver a la nada, pues su ser depende

en efecto del poder de Dios, que se lo conserva libremente y puede a cada instante quitárselo; 3º Porque mientras existe, es mutable, y por consiguiente se confunde con la nada, pues todo cambio encierra cierta negación de ser; 4º porque todo lo creado está más cerca de la nada que del ser. (A. Lápide Tesoros)

El hombre, por ejemplo tiene sólo el ser de hombre; pero considerado como tierra, cielo, ángel, etc, es nada, es decir que su ser es extraño al de las criaturas de que hablamos y de todas las demás. El hombre tiene pues un sólo modo de existencia, y mucho de no ser.

¡Qué cuerdo es el que sabe que su ser no le pertenece! San Juan Bautista tenía este precioso conocimiento, pues cuando le preguntaron: *¿Eres el Cristo? ¿Eres un profeta? No, contestó; no soy más que una voz que clama en el desierto* (Jn. 1,20-23).

Alabaos, hombres orgullosos, y repetid que sois esto y lo otro... Mentís; no sois nada...

Con verdad podemos todos decir: Por mí mismo nada soy, nada sé, nada puedo, nada valgo...Ved ahí lo que sois. Salidos de la nada, vuestras obras, dice el profeta Isaías, son estériles (41-24).

Levántate, dijo el Señor a Jeremías, *baja a la casa de un alfarero, y allí oirás mis palabras. Bajé, y el alfarero hacía un vaso de arcilla sobre su torno, y el vaso se rompió en su mano...*(18,2-4). Dios nos manda a todos que bajemos a la casa del alfarero para que veamos cuál ha sido nuestro origen y nuestra nada...

¿Que es el hombre ante Dios?

Como criatura es "nada" ante Dios y en parangón con Él. ¿Qué era antes de ser llamado por Dios a la existencia? Como hemos dicho, era nada, y si no la hubiera llamado, sería nada ante Dios, y considerada en sí misma es nada si Dios no le da constantemente el ser o no se lo conserva.

"Dios tiene el ser antes que todas las cosas y todas las cosas subsisten por Él" (Col.1,16). ¿Qué es el mundo entero ante Dios? En el libro sagrado de la Sabiduría leemos: *"Todo el mundo es delante de Dios como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío por la mañana que cae sobre la tierra"* (11,23), y de un modo semejante lo expresa así el profeta Isaías: *"He aquí que las naciones son como gotas de agua en el caldero y son reputadas como polvillo en la balanza..."* (40,15). Si todas las naciones son

como polvillo en la balanza, que no la hace subir ni bajar, ¿qué seré yo delante de Dios?

Por nosotros mismos somos nada, nuestra grandeza proviene de Dios. Yo soy una criatura de Dios. Crear es sacar de la nada y por tanto es acto propio y exclusivo de Dios. ¿Eres criatura de Dios? Eres, por tanto, la nada, y Dios, en cambio lo es todo en ti. La nada que vive en Dios y de Dios. *"En Él vivimos, nos movemos y existimos"* (Hach.17,28).

Dios te dio el cuerpo con sus sentidos y el alma con sus potencias. Él te los sigue dando. Si Dios se aparta de ti te verías reducido a la nada. Dependes de Dios como la voz depende del que la pronuncia, como el arroyo del manantial.

En consecuencia: El hombre procede de Dios y por tanto pertenece a Dios con todo su ser.

Luis XIV, rey de Francia, deslumbrado por su poder, por su gloria, por su fortuna, tomó el nombre de REY SOL. Al morir, su oración fúnebre fue pronunciada por el creador sagrado, de fama mundial, Massillon. Este se colocó cerca del féretro, junto a la tumba de aquel rey que bajaba a ella después de haber vivido con una pompa deslumbrante y derrochado frívolamente; y empezó su discurso con estas palabras, conmovedoras de puro sencillas: "Solamente Dios es grande"...

Ante la muerte debe desaparecer nuestro orgullo

En el libro de la Sabiduría leemos: *"La entrada y la salida de la vida son iguales para todos"* (7,6). Brilláis por las riquezas, dice San Agustín, y os vanagloriáis de la nobleza de vuestros antepasados; enorgullecéis por vuestra patria, por la hermosura de vuestro cuerpo, por los honores que os tributan los hombres: guardaos a vosotros mismos; sois formados de la tierra, y a la tierra volveréis.

Considerad cuántos, antes que vosotros han gozado de iguales prerrogativas. ¿Dónde están los hombres cuya pretendida grandeza se envidiaba? ¿Dónde están los emperadores invencibles? ¿Dónde están aquellos que componían la asamblea de la nobleza y daban festejos? ¿Dónde están los caballeros intrépidos, los generales de ejército, los gobernadores de provincias?

Ahora todo es polvo y ceniza; su memoria está olvidada. Abrid las tumbas y mirad...; ¿quién es el criado y el dueño, el pobre y el rico? Distinguid, si podéis, al rey del vasallo, al fuerte del débil, al hombre hermoso del enano y disforme. Acordaos, pues de vuestra nada para no enorgulleceros nunca; y es bien cierto que no

olvidaréis esta nada, si os consideráis atentamente a vosotros mismos. ”.

“Mis días, dice el salmista, han declinado como la sombra y yo me he secado como la hierba” (Sal.102,12). Somos un poco de polvo, una sombra, una nube que pasa: no somos nada... *Eres polvo y volverás al polvo*, dijo el Señor al culpable Adán, y en su persona a todos los descendientes (Gén.3,19). Y como dice el Eclesiástico: *“Todos los hombres no son más que tierra y ceniza”* (17,13). El polvo o el barro significa el origen del hombre, y la ceniza su fin... *“No nos queda aquí en la tierra más que el sepulcro”* como dice Job (17,1).

¡Engrandezcamos nuestra vanidad ante la nada! Pensemos y persuadámonos que somos alguna cosa grande! ¡Si queremos vivir del error, bien podemos alimentarnos del orgullo!...

El hombre desaparece con la rapidez del mensajero que lleva una noticia, del buque cuyas velas hincha el viento, del ave que vuela, de la flecha lanzada por el arco. Tales son las comparaciones de que se vale la Escritura para pintar la poca duración de las cosas de la tierra y de la vida del hombre (Sab.5,9-13).

¿Qué llevamos con nosotros al morir?

¿Habéis visto por las calles de la ciudad, esos cortejos fúnebres que acompañan la vanidad de la vida a la triste realidad de los cementerios? Yo vi uno ostentoso y lleno de aparato. El muerto iba en un arcón de roble reluciente y tachones dorados; la carroza, agobiada por el peso de las coronas, era tirada por seis caballos empenachados; en la presidencia, caballeros enlutados; una hilera de coches relucientes; una banda de música tocando una marcha fúnebre. Todo estaba pregonando: ¡Aquí va un hombre rico!

Al llegar al puente que domina el río, por otra calle desembocaba otro cortejo. Una pobre caja forrada de percalina negra con una cruz de hojalata; unos cuantos hombres la llevaban a hombros; ni un coche, ni coronas.

Todo estaba pregonando: ¡Aquí va un hombre pobre!

Y, al cruzarse ambas comitivas, me pareció a mí que se cruzaba un diálogo de féretro a féretro entre los difuntos. El rico preguntaba: "Tú ¿quién eres? ¿Qué llevas contigo?". Y el pobre contestaba: ¡Soy pobre! ¡No llevo nada! Y luego preguntaba el pobre al rico: "Tú ¿quién eres?

¿Qué llevas contigo? Y el rico contestaba: Soy rico; pero ¡tampoco llevo nada!".

Los que soñáis con una igualdad utópica, ¡venid aquí! ¡Ya está conseguida la igualdad que soñáis! Pobres, ricos, patronos, obreros, reyes, súbditos... pasó el rasero de la muerte. ¡Todos iguales! ¿Para qué tantas luchas en la vida, tantas ambiciones insensatas, tantas avaricias sedientas, tantos placeres cenagosos, si el pobre difunto, sea quien sea, tendrá que decir al fin y al cabo ¡No llevo nada!... Lo único grande que puede acompañar a los difuntos son las obras buenas que hubieran hecho en esta vida.

El pensamiento de la muerte nos es muy saludable

La muerte reduce nuestro cuerpo a un poco de polvo y al ver en qué paran nuestros honores, las grandezas de este mundo, esto nos debe hacer ver nuestra vanidad y movernos a desprender del mundo y volver por completo nuestra mente a Dios.

Alejandro Magno (m.323 a.C.) vio una vez al filósofo Diógenes que rebuscaba entre los huesos de los muertos, observando cráneos y piernas.

¿Qué haces? preguntó el rey. Dijo Diógenes:

Busco la cabeza del rey Filipo, tu padre; pero no puedo dar con ella; si tú la reconoces, me la enseñas.

La muerte iguala a poderosos y miserables. Todos los hombres, cuando hayan muerto, tendrán la misma herencia de podredumbre, de musarañas y gusanos (Eclo.10,13). Aquí tenéis lo que hace la muerte: después de haberlo llevado todo, haberes, poder, belleza, ingenio... ¡reduce al hombre a podredumbre, a unos pocos huesos, y después a un puñado de cenizas!

Francisco de Borja (m.1572) era duque de Gandía, y uno de los más grandes personajes de España. Cuando murió la emperatriz Isabel y fue llevado su cadáver a Granada, Francisco estuvo presente a la identificación de la muerta y al descubrimiento de la caja que encerraba el cadáver.

¿Qué vio entonces? Un montón de podredumbre del que emanaba un hedor pestilente. A tal vista, quedaron asombrados todos los presentes y se fueron. Pero el duque se detuvo y dijo: "¿Dónde está aquella soberana ante la cual todos se inclinaban? ¿Dónde están su grandeza, su poder, su hermosura? ¿Dónde sus gentiles maneras, sus sonrisas? ¿Dónde sus talentos? ¡He

aquí a lo que nos reduce este ladrón que es la muerte! Tú solo, Señor, eres grande! Y allí mismo dio un adiós al mundo para consagrarse enteramente a Dios. Entró en la Compañía de Jesús y llegó a ser un gran santo.

El hombre está rodeado de tentaciones

San Bernardo nos da esta lección: "Si el hombre, dice, se escapa de una tentación, otra le asalta. La vanidad le ataca, la curiosidad le guía, la codicia le solicita, el deleite le seduce, la lujuria le mancha, la envidia le atormenta, la ira le agita y la tristeza le desgarra.

Así con deplorables caídas se sumerge en todos los vicios. Y ¿por qué?

Porque ha abandonado a Dios, que era lo único que podía bastarle. Se entretiene en mil cosas; busca por una y otra parte sitio donde descansar; y no halla nada que pueda satisfacerle, hasta que vuelve a Dios. Pasa de un pensamiento a otro pensamiento para hallar la paz: varía según sus ocupaciones, sus afectos, y sus tentaciones; pero la paz huye de él, porque no la busca donde debe buscarla. El demonio le tienta, el mundo le ciega y la concupiscencia le insta. Fuera tiene que trabar combates y dentro le asaltan temores".

Y ¿no son estas tentaciones el indicio de la miseria y de la nada del hombre?

El hombre que cae ante las tentaciones y se deja arrastrar por las pasiones no es feliz, porque le dejan el corazón vacío. Esto es lo que experimentó San Agustín, quien reconociéndolo, se volvió a Dios diciendo: "Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti". El que se apoya en las riquezas o en sus propias fuerzas, se apoya en la debilidad.

Un pobre árabe, perdido en el desierto, se halla sin aliento y sin bebida.

Busca, mira con afán, llama desesperadamente. Nadie comparece. Tiene la garganta abrasada por la sed, se siente desfallecer... se le avecina la muerte.

Mas, no: he aquí los vestigios de un campamento. No se ve a nadie, pero al menos habrá aquí algún resto de víveres... En efecto, hay una pequeña bolsa. La abre con mano trémula... ¿Serán nueces o dátiles? ¡Maldición, son perlas! Y arroja desesperado la bolsa y se deja caer sobre la arena en espera de la muerte.

¡Cuántos pobres árabes como ése se encuentran en el desierto de la vida! Viven en la

tierra sin poner el pensamiento en Dios, y la muerte para ellos representa un vacío desolador. ¿De qué sirven en aquel instante los honores y las dignidades? Son como las perlas del árabe hambriento. Para que no nos sobrevenga una desgracia parecida, meditemos los novísimos o postrimerías de la vida: Muerte, juicio, infierno y gloria ten, "cristiano", en tu memoria.

¿Qué debemos hacer para ser algo?

Hemos dicho que el hombre es "nada" ¿qué hemos de hacer para ser "algo". El que comprenda su nada ha de procurar domeñar su carne con las mortificaciones e imitar a San Pablo: *"Castigo mi cuerpo, dice, y lo sujeto a la servidumbre"* (1Co.9-27). Humille su espíritu, recordando que, según manifiesta el profeta Miqueas, lleva en sí todos los motivos de humillación (6-14).

Nada, dice San Gregorio Magno, es tan capaz de vencer la carne y el pecado como la consideración del estado a que la muerte reduce al que más amamos en la vida. Con razón dice la Escritura que el voluptuoso amando el deleite, ama los gusanos, porque el que está abrasado de deseos impuros, está abrasado a un montón de podredumbre infecta.

El sepulcro, el polvo y los gusanos, esto es lo que aguarda al hombre, esa nada revelada: he aquí lo que puede servirle de remedio y ayudarle a ser algo.

Trabaje el hombre, dice Bossuet, para crecer y multiplicar sus títulos, sus posesiones y sus vanidades: sólo la muerte es bastante para batirle. Pero no piensa en tal cosa, y en su vanidad no recuerda nunca el medirse con su féretro, que es el único que puede dar su justa medida.

Al asno, dice la Escritura, *la hierba, el palo y la carga; al esclavo el pan, el castigo y el trabajo* (Eclo.33-25). El animal de carga y el esclavo del alma es el cuerpo a quien debemos dar por consiguiente tres cosas: el alimento necesario, la mortificación y una ocupación continua y penosa....

SEGUNDA PARTE

DIGNIDAD DEL HOMBRE

El hombre es creado a imagen de Dios

El hombre como hemos visto anteriormente, es en sí poca cosa, es nada un ser mortal, y ciertamente es mortal y con todo es imagen de Dios.

Dios formó de la tierra al hombre y le hizo

volver a la tierra, le señaló un número contado de días. Es un aspecto del ser humano, el perecer, pues venimos a este mundo con el fin de dejarlo; pero hay otro aspecto todavía más elevado, y es que Dios "formó al hombre a imagen suya" (Gén. 1,26).

El hombre es "tierra y cielo". Es tierra por tener un cuerpo de la tierra, y es cielo por tener un espíritu procedente del cielo. Es tierra por su caducidad, y es cielo por la imagen de Dios que lleva en sí.

Dios, al formar al hombre, como formando consejo consigo mismo, como al ir a hacer una obra maestra, dijo: *"Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra"* (Gén. 1-26). Sólo el hombre ha sido creado a imagen de Dios; el hombre es el fin, el objeto del mundo creado.

"¿Qué mayor honra podía apetecer el hombre, dice San Ambrosio, que haber sido creado a imagen de Dios?" (Lib. de *Significate Humanae* c.3). Y San Agustín comenta: "Qué es lo que te eleva sobre el irracional? La imagen de Dios que llevas en ti. "¿Qué es lo que te hace imagen de Dios? Tu mente y tu inteligencia... ¿Cómo vas a agradecer al Señor el haberte encumbrado sobre todos los animales y aves y

haberte creado a imagen y semejanza suya? No busques con qué puedes retribuirle; dale en paga su propia semejanza. Él no pide más; exige de ti que lleves grabada su efigie" (In.Ps. 103,3).

¿Por qué fue hecho a imagen de Dios?

Si examinamos fielmente y con prudencia el origen de nuestra creación, veremos, como dice el Papa San León, que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, a fin de que imite a su divino autor; pues la dignidad de nuestra raza consiste en que la semejanza de la Divinidad brille en nosotros como en un espejo. Hombre animal, que te rebajas hasta hacerte inferior a ellas, y envidias su estado, es necesario que hoy comprendas tu dignidad por las admirables singularidades de tu creación, y por los otros honores que se te han tributado.

Has sido creado, no como las demás criaturas, por una palabra de mandato: *Fiat* = hágase; sino por una palabra de consejo: *Faciamus*= hagamos.

Tributamos el honor que es debido, dice San Gregorio Nazianceno, a la imagen de Dios que está en nosotros; reconozcamos nuestra dignidad.

La imagen natural de Dios está en el alma, que es espíritu, que no es material, que es ágil, inmensa, inteligente, libre, inmortal. Esta ima-

gen de Dios es natural en el hombre: no ha podido perderse por el pecado de Adán; pero ha perdido su hermosura y perfección. Es otra imagen de Dios en el hombre, una imagen sobrenatural, que consiste en la gracia y justificación del hombre, por la cual el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina; y esta imagen será cabal en la gloria y vida eterna. Porque la gracia, dice San Agustín, es el alma del alma.

Adán fue creado en esta gracia, que es una verdadera imagen de Dios. Esta semejanza del alma con la de Dios por la gracia, depende de la voluntad del hombre: pecando, la pierde; por la gracia y la justificación vuelve a hallarla y se rehabilita...

"Oh hombre, exclama San Pedro Crisólogo, ¿por qué siendo tan honrado por Dios, te deshonras? ¿por qué eres tan vil a tus ojos, tú tan grande y precioso a los ojos de Dios? ¿No ves que, al deshonrarte, deshonras a Dios, cuya imagen eres? (Serm.). También San León Magno dice: "Oh cristiano, reconoce tu dignidad, Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres, volviendo a la bajeza de tu vida pasada" (S. 27,6).

Precio inestimable del hombre

El precio inestimable del hombre es por su alma que es espiritual e inmortal, dotada de inteligencia, de voluntad y de memoria y a su vez goza de libertad y es apta para la sabiduría, la virtud, la gracia, la visión de Dios y todo bien.

Las cosas más preciosas, dice San Juan Crisóstomo, no pueden compararse al alma ni tampoco al mundo entero.

Jamás hubiésemos podido conocer nuestra grandeza, ni habríamos tampoco comprendido jamás nuestro destino, sin el auxilio de la revelación de la Sagrada Escritura. El Señor Dios, dice el Génesis, derramó sobre el rostro del hombre un soplo de vida, y quedó el hombre viviente con el alma racional (2,7). Y no es que Dios tenga boca, como los hombres, para dar un soplo; sino que la Escritura habla así para darnos a entender que Dios estima el alma y la quiere con una emanación de su propia vida. Bien es verdad que ha sacado el alma de la nada, como a todas las demás criaturas; pero al decirnos el Espíritu Santo que es un soplo divino, quiere decirnos que Dios la ha producido con un afecto tan particular y tan tierno, que es como si la hubiera sacado de las regiones de su corazón.

El alma, dice San Agustín, está tan admirablemente elevada encima del cuerpo, que puede decirse que se acerca más a Dios que la ha creado, que al cuerpo a que está unida. Y a decir verdad, ella sola, entre todas las criaturas de la tierra, tiene algunos rasgos visibles de las perfecciones de Dios; es más elevada que el cielo, más profunda que el abismo, más vasta que el universo, y es duradera como la eternidad. Dios es espíritu, y el alma es espíritu..., Dios es inteligencia, y el alma es inteligencia; Dios quiere y el alma quiere; Dios se ama, y el alma, amando a Dios, se ama verdaderamente a sí misma... El alma participa de la nobleza, del dominio, de la sabiduría, de la grandeza de Dios y de su divino espíritu... (Serm.24 de Temp.).

El alma es más preciosa que cuanto existe; es de un valor infinito, puesto que ha costado la sangre de un Dios y todo ha sido hecho para el hombre, el cielo, la tierra, los mares, el sol, las estrellas, los animales, las plantas, los vegetales y los minerales... El alma en gracia es digna de todos los honores.

Imperio del hombre

Según leemos en la Biblia, Dios hizo al hombre rey de la creación: *"Qué es el hombre para que de él de acuerdes?... Le hiciste algo menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y honor. Le diste el imperio sobre la obra de tus manos, todo lo has puesto debajo de sus pies: ovejas, bueyes, todos ellos, y aun las fieras del campo, los pájaros del cielo y los peces del mar, cuanto surca las sendas de los mares; ¡Señor, dueño nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!"* (Sal.8.6,10). Y ya al crear al hombre, Dios dijo: *"Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, y domine los peces del mar y a las aves del cielo y a las bestias y a toda la tierra y a todo reptil que se mueve sobre la tierra"* (Gén.1,26).

Todas las criaturas las ha sometido Dios al dominio del hombre, y por tanto a él lo hizo rey de todas las cosas; el palacio del universo ha sido construido y adornado para el hombre-rey...

El mundo es el templo de Dios; el hombre es su sacerdote para orar y dar gracias a Dios en nombre de todas las criaturas; pues sólo él posee la razón y la palabra. Y todas las criaturas están diciendo al hombre: Estamos a tus órdenes, todo

es tuyo; úsalo todo por Dios, y da también gracias de todo a Dios, que nos ha creado para ti. Nuestro fin es servirte; el tuyo, oh hombre, que eres nuestro rey, es servir a Dios...

No cabe duda que el hombre ha sido hecho para reinar. ¿Por qué, pues, exclama San Basilio, oh hombre-rey, te haces esclavo de tus miserables inclinaciones? ¿por qué te haces esclavo del pecado? ¿por qué te constituyes cautivo del demonio? Dios te manda que ocupes el primer lugar entre las criaturas, y las rijas y tú estrellas tu reino, rompes tu dominio y tu cetro y ocupas el último lugar? Has sido hecho para dominarlo todo; y todo te domina. ¡Todo debe obedecerte; y tu obedeces a todo! ¡Qué desquiciamiento más espantoso! (Homil.10).

Seamos verdaderamente reyes

El hombre que somete su espíritu a Dios, y la carne al espíritu es verdaderamente rey, porque es dominador de sus pasiones.

San Gregorio Magno dice a este respecto: Todos los cristianos probos y santos son unos reyes, porque dominando todas las concupiscencias, ponen un freno a la lujuria, al orgullo, a la gula y a la ira. Son reyes que, lejos de sucumbir a las tempestades de las tentaciones, mandan y

obligan a los vientos, a las tempestades y a los mares furiosos y desencadenados que se aquieten. (Serm. de Nativ.). Alégrate, hombre-rey, descendiente de Dios, dice Orígenes, al ver las insignias de tu dignidad real. Te llaman rey, porque está escrito: Eres de *una raza real*. Y porque eres rey, con justo título Jesucristo tu Señor y tu Rey, se llama Rey de los reyes y Señor de los señores. Te hace rey de todas las cosas, reinando en ti. Así pues, si el alma reina en ti, y la carne obedece; si sujetas la concupiscencia al yugo de tu imperio; si tienes enfrentados y cautivos tus vicios, sabrás que eres rey y mereces serlo.

Cuando seas así, serás tenido como rey por Jesucristo, Rey de los reyes y serás llamado a oír sus divinos consejos. Si reinas sobre ti mismo, reinarás hasta sobre Dios, pues podrás obtener de Él cuanto quisieres.

¿Qué cosa más real, dice San León Magno, que someter el espíritu a Dios y la carne al espíritu? ¿Qué cosa más sacerdotal que rendir homenaje a Dios con la conciencia pura, y ofrecerle en el altar del corazón puros holocaustos de piedad? Entonces somos reyes y sacerdotes, como dice el Apocalipsis (1,16. Serm.de Nativ.).

El hombre, servidor de Dios

La primera dignidad del hombre consiste en ser fiel servidor de Dios, *"Derramaré ni espíritu sobre mis siervos y siervas"* dice el Señor por medio del profeta Joel (2,29).

El título de servidor de Dios es muy ilustre, nobilísimo y muy honroso. El Jefe Supremo de la Iglesia se envanece con él, y aún toma otro mucho más inferior que aumenta su brillo: se llama "servidor de los servidores de Dios: *Servus servorum Dei.* Servir a Dios es reinar.

Abrahán se llamó siervo de Dios (Gén.26,24); Moisés hizo lo mismo (Núm.12,7) y lo propio Job (1,8). Aún más: Jesucristo tomó este nombre en Isaías. Y San Pablo, al principio de sus epístolas, no se da otro título: *"Pablo, servidor de Jesucristo"*.

La Bienaventurada Virgen, Madre de Dios, se llama también sierva del Señor: *"He aquí la esclava del Señor"* (Luc.1,38). Cuando el ángel Gabriel se presentó como enviado de Dios a la Santísima Virgen; cuando, lleno de respeto y veneración hacia ella, le dijo: *Te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita entre las mujeres...* cuando aquel embajador del cielo le dijo que había hallado gracia ante Dios, añadiéndole que había de concebir en su seno y había de dar a luz un Hijo,

cuyo nombre sería Jesús, que había de ser grande y había de ser llamado Hijo del Altísimo; cuando añadió todavía que el Espíritu Santo vendría en ella y la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, por cuyo motivo el sagrado fruto que nacería de ella sería llamado Hijo de Dios, y en presencia de tantas grandezas, de una dignidad única, que la hicieron a María Madre de Dios, entonces la humilde Virgen pronunció aquellas palabras: *Ecce ancilla domini*=He aquí la esclava del Señor.

El título, pues, de servidor de Jesucristo, prueba la grandeza del hombre, prueba que el hombre es de la naturaleza de los ángeles, en cuanto su alma. Los mismos ángeles en el cielo, reinan con Dios, no son más que servidores suyos, y sólo este título les erige reyes...

El hombre, hijo de Dios

Si es ya una honra tan grande ser servidores de Dios; si este título manifiesta la grandeza del hombre, ¿qué diremos del honor y de la grandeza infinita del título de hijos de Dios?

"Mirad, dice el apóstol san Juan, qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamásemos hijos de Dios y lo seamos en efecto" (1Jn.3,1). Este augusto título de hijos

de Dios nos permite participar de sus divinos atributos. Como Dios es santo por esencia, así el justo engendrado a la justicia por Dios y hecho hijo de Dios, tiene la santidad; como hijo de Dios, llega a ser poderoso y puede decir con San Pablo: *"Todo lo puedo por medio de aquel que me conforta"* (Fil.4,13).

Los cristianos se glorían de ser hijos de Dios, y lo son en efecto. Siendo esto así, deben trabajar con celo y perseverancia para su perfección, y ejercitarse en obras heroicas y divinas.

Oigamos a San Cipriano: Cuando la carne os solicita, responded: Soy hijo de Dios, he nacido para mayores cosas que para satisfacer mis corrompidos sentidos. Cuando el mundo os tiente con sus placeres, sus riquezas u honores, responded: Soy hijo de Dios destinado a las riquezas, a los placeres y honores celestiales. Cuando el demonio trate de seduciros, responded: Retírate a tu infierno, Satanás; no quiera Dios que yo, hijo de Dios, llegue a ser hijo del diablo. Nacido para un reino eterno, desprecio como humo, como barro, todo lo que pueda ofrecerme más lisonjero aquí en la tierra (Lib. de Epect.).

Sois hijos de Dios: imitad a Jesucristo; os llama a hacer la voluntad de Dios, a acercaros

más y más a Él...apresuraos, corred por el camino que ha de conduciros a vuestro Padre Celestial.

Luisa, hija de Luis XV, rey de Francia, reprendió con orgullo en cierta ocasión a una de sus damas de honor. "Acuérdese usted de que soy hija del rey". La dama contestó con mansedumbre: "Y usted, madame, acuérdese de que yo soy hija de su Dios". Recordemos todos este noble título.

Dios es nuestro Padre

¡Hijos de Dios! ¡Dios es pues nuestro Padre! ¡Oh, qué grande es el hombre!

Cuando una familia se encuentra con títulos de nobleza que cuentan siglos de antigüedad, se considera orgullosa y feliz. Pero ¡qué son los títulos, honores y dignidades de este mundo, comparados con el título de cristiano, que nos hace hijo de Dios, y nos permite llamar a Dios nuestro Padre!...

¿Veis aquel pastor que cuida de un rebaño en el campo? Es noble; Dios es su Padre...¿Veis aquel mendigo delante de vuestra puerta, apoyado en un bastón, cubierto de andrajos y mutilado? Es noble, y Dios es su Padre! Todos los

días y a cada instante del día puede decir con toda verdad: "Padre nuestro, que estás en el cielo"....

¡Qué grande es, exclama San Cipriano, la indulgencia de Dios! ¡Qué cúmulo de dignidad y de bondad para nosotros, no sólo permitirnos que le llamemos nuestro Padre, sino quererlo, mandarlo, siendo realmente así!

Jesucristo es Hijo de Dios, y nosotros también tenemos el título de hijos del mismo Padre. El es Hijo natural de Dios, y nosotros lo somos por adopción. Jamás nos hubiéramos atrevido a llamarle Padre nuestro si no nos lo hubiera permitido y hasta mandado. Debemos, pues recordar, carísimos hermanos míos, y debemos saber que cuando decimos que Dios es nuestro Padre, debemos obrar como hijos de Dios; así como nos alegramos de que Dios sea nuestro Padre, se alegre Él también de tenernos por hijos (Serm.).

Un día entró una novicia en la celda de Santa Teresa del Niño Jesús y se detuvo, sin querer, al ver la expresión celestial del rostro de la santa.

Esta estaba cosiendo, pero, al mismo tiempo, parecía abismada en altísima contemplación. ¿En qué piensas? le preguntó la novicia.

"Medito el Padrenuestro ¡Cuán dulce es poder llamar a Dios "Padre nuestro"! y los ojos de Teresita se llenaron de lágrimas de emoción.

El profeta Oseas dice: *"Sois hijos del Dios vivo"* (1,10). Esta dignidad y elevación del hombre de tener por Padre a Dios, y ser su hijo, es muy grande, casi infinita. El que Dios, dice San León Magno, llame hijo suyo al hombre, y que el hombre llame Padre a Dios, es un favor superior a todos los favores. Por cuya razón el mismo santo enseña que el hombre debe imitar a Dios, su Padre, vivir con su vida, a fin de tener una vida divina y no terrestre ni carnal... Reconoce tu dignidad, oh cristiano, dice, y hecho partícipe de la naturaleza divina, cuida de no volver a tu antigua vileza con una degradada conducta". (Serm.6 de Nativ.)

Siendo de una raza escogida y real, continúa diciendo el mismo San León Magno, corresponded a vuestra vocación, amad lo que ama vuestro Padre no os aplique aquellas palabras del Profeta Isaías: "He criado hijos, y los he engrandecido, y ellos me han menospreciado" (1,2).

Poned, antes bien, en práctica aquellas palabras de Jesucristo: *"Sed vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial"* (Mt. 5,48).

Somos hijos de Dios por adopción

Todos aquellos que se rigen por el espíritu de Dios, dice San Pablo, esos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos Abba ¡Padre! El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados" (Rom.8,14-17).

Para ver con mayor exactitud, para examinar más profundamente y comprender también más esta adopción del hombre por Dios, es preciso observar que en esta adopción la gracia, la caridad y los otros dones del Espíritu Santo no son los únicos que se nos han dado, pues se nos ha dado el mismo Espíritu Santo, que es el primero e increado de los dones que Dios hizo a los hombres.

Dios hubiera podido, en la justificación y por medio de la gracia y de la caridad infusa, hacernos sólo justos y santos, lo que hubiera sido una gracia y un beneficio inmenso de Dios, aun cuando no nos hubiera adoptado por hijos suyos; pero no se ha detenido en este primer favor, ha

querido hacernos de tal manera justos, que pudiera adoptarnos por hijos...

El cristiano debe apreciar grandemente el valor de la gracia, que nos hace hijos de Dios, y no vivir apegado a los bienes de la tierra.

El rico Epulón pensó que había venido a este mundo para gozar y banquetear todos los días. Pero pronto murió y fue sepultado en el infierno. Este ricachón de que habla el Evangelio tenía sus almacenes llenos de bienes y se decía: *"Ea, descansa: date buena vida; nada te falta"*. Y, mientras hacía tan felices cálculos para el porvenir, oyó la voz del Señor, que le dijo: *"Necio, esta noche morirás"* (Lc.12,20). Efectivamente, murió y aquí lo dejó todo. Por tanto, si los bienes del mundo no hacen feliz a nadie y si tan poco duran, ello es señal de que Dios no nos ha creado para este mundo, sino para Él. Así lo conoció San Agustín, que dijo con toda claridad: "Nos hiciste, Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto, mientras no descanse en Ti". Tendremos la verdadera felicidad cuando hayamos llegado a nuestro fin último, que es Dios.

La filiación y la adopción divina

Grande es este beneficio de la filiación y la adopción divinas; mas pocas son las personas que conocen esta infinita dignidad. Pocas personas reflexionan sobre esto y consideran esta grandeza del hombre con la detención que merece. Todas debiéramos ciertamente admirar, llenos de respeto, tal grandeza; y los predicadores deberían explicar y exponer esta sublime grandeza del cristiano, a fin de que los fieles comprendiesen bien que son los templos vivos de Dios, que llevan al mismo Dios en el corazón, y que por consiguiente deben marchar con Dios, conversar dignamente con tal húeped que en todas partes les acompaña, en todas partes está y todo lo ve.

Con mucha razón dice pues el gran apóstol: *"¿No sabéis que vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que os ha sido dado por Dios y que no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a un crecidísimo precio? Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo"* (1Cor. 6,19-20).

"Oh cristiano, exclama San León, reconoce tu grandeza, y siendo partícipe de la naturaleza divina, no te degrades; acuérdate de qué Jefe y de qué cuerpo eres miembro. Acuérdate que, libre del poder de las tinieblas, has sido transportado a la luz

y al reino de Dios. Con el sacramento del bautismo, te has convertido en templo del Espíritu Santo; no ahuyentes de tu corazón con acciones criminales un huésped tan grande, y líbrate de ponerte de nuevo bajo la esclavitud del demonio; pues tu precio es la sangre de Jesucristo, que te juzgará en la verdad, porque la misericordia te ha rescatado" (In Ps.53).

Oigamos a San Agustín: "El primer nacimiento viene del hombre y de la mujer; la segunda natividad procede de Dios y de la Iglesia. Y he aquí que han nacido de Dios, y resulta que un Dios ha habitado en nosotros. ¡Qué gran cambio: Dios se ha hecho hombre, y el hombre se ha hecho espíritu!

¿Qué maravilla es ésta? ¿Qué honor es éste, hermanos míos? Elevad vuestra alma para esperar y tomar lo único digno de desearse, y renunciad a los placeres del siglo. Se os ha comprado a costa de mucho precio: por vosotros el Verbo se ha hecho carne, por vosotros el que era Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, a fin de que vosotros, que érais hijos de hombres, os convirtieseis en hijos de Dios" (Serm.24 de Temp).

Cuando llamamos a Dios nuestro Padre, dice san Cipriano, debemos conducirnos como

hijos de Dios; a fin de que, creyéndonos dichosos con tener a Dios por Padre, sienta también Él satisfacción en tenernos por hijos. Conduzcámonos como hemos de conducirnos siendo templos de Dios, teniendo a Dios dentro de nosotros, y a fin de que, habiendo comenzado a ser celestiales y espirituales, no nos ocupemos más que de las cosas del espíritu y del cielo".

¡Cuán grande es el hombre viviendo en gracia!

1) El hombre es ciudadano del cielo. "Ya no sois extranjeros y huéspedes sino que sois ciudadanos de los santos y familiares de Dios" (Ef.2,19). *"Nuestra ciudadanía está en el cielo..."* (Fil.3,20).

El verdadero cristiano es futuro ciudadano del cielo, y vive con la esperanza de vivir en él, donde seremos conciudadanos de los ángeles, de los patriarcas y los profetas, de los apóstoles, de los mártires y de todos los santos y por ser de la casa y familia de Dios, allí le veremos tal cual es, y a Jesucristo, nuestro Redentor y a la Santísima Virgen, su excelsa Madre y Madre nuestra.

2) El hombre es templo de Dios. Así nos lo dice el apóstol: *"¿No sabéis vosotros que sois templo de Dios?"* (1Cor.3,16). Sois el edificio no

del hombre, sino de Dios; y por consiguiente, sois un templo, no profano, sino un templo santo, en el cual habita Dios mismo por la fe, la gracia, la caridad y todos sus dones. Sois el tabernáculo de Dios, los vasos sagrados de Dios...

"*¿No sabéis*, añade el apóstol, *que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios?*" (1Cor.6,19). No profanemos jamás este templo. *Si alguien profana el templo de Dios, Dios le perderá, porque el templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo*" (1Cor.8,17).

3) Los cristianos son miembros de Jesucristo"¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?" (1Cor.6,15). *Sois el cuerpo místico de Cristo y miembros unidos a otros miembros* (1Cor.12,27). *Así pues, "si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos de Jesucristo* (Rom.8,17).

El hombre costó la sangre de Jesucristo

"Habéis sido comprados a gran precio, dice San Pablo, *glorificad, pues, a Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo...Ya no os pertenecéis* (1Cor. 6,19-20) *"Fuiste degollado y con tu*

sangre nos redimiste para Dios" (Apoc.5,9)". ¡Jesucristo sólo ha muerto por el hombre! Tan grande es el hombre y tan noble, que todo el oro, todo el dinero del mundo y todo el universo no vale lo que él vale. No se encontró un precio digno del hombre en las criaturas, ni en el mundo entero, no habiéndose hallado más que en la sangre de un Dios si ponéis, pues, en una balanza la sangre de Jesucristo por una parte, y por otra al hombre, el precio del hombre mueve la sangre de Jesucristo.

No habéis sido rescatados con oro ni plata, dice el apóstol San Pedro, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin tacha (1Ped.1,18-19).

El hombre es grande por participar de la naturaleza de Dios

El hombre creado a imagen de Dios, es ya una especie de divinidad; pero lo es sobre todo en su generación por Jesucristo, cuando se convierte en Dios, cuando participa de la naturaleza divina. *El verbo se hizo carne* (Jn.1,14).

He aquí el hombre divinizado... Veamos expresiones de los santos Padres:

-***San Gregorio Nazianceno***: Jesucristo, dice,

ha nacido en la carne para hacernos nacer en el espíritu; ha nacido en el tiempo, para hacernos nacer para la eternidad; ha nacido en un establo para darnos nacimiento para el cielo (Serm. de Nativ).

-***San Agustín:*** Dios se ha hecho hombre para que el hombre se convirtiese en Dios; para que el hombre comiese el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se ha hecho hombre (Serm. 9 de Nativ).

-***San Bernardo:*** Dios se hizo hombre para hacer del hombre un Dios... Todos nosotros con Jesucristo, nuestro Jefe, como Jesucristo (Serm. in Cant.).

-***San León Magno:*** Jesucristo se ha hecho hijo del hombre, para que pudiéramos nosotros ser hijos de Dios (Serm.6 de Nativ.). El salmista entreviendo con la luz del Espíritu Santo al hombre deificado por la Encarnación del Verbo, anunció ya esta deificación del hombre: *"Lo he dicho: Sois dioses, todos sois hijos del Altísimo"* (82,6).

-***San Basilio:*** Por medio de la imagen de Dios impresa en mi alma, he obtenido el uso de la razón; pero habiendo llegado a ser cristiano, soy semejante a Dios (Hom.10 Hexam).

-***San Cipriano:*** Dios está mezclado con el

hombre; Jesucristo ha querido ser lo que es el hombre, a fin de que el hombre pudiera ser lo que es Jesucristo (Serm. de Nativ.).

Dios dice San Agustín, ha descendido para hacernos subir y participando de la naturaleza de los hijos de los hombres, ha adoptado a los hijos de los hombres para hacernos partícipes de su naturaleza...¡Oh hombres, no desconfiéis de poder llegar a ser hijos de Dios, porque el Hijo de Dios, el Hijo del mismo Dios se ha hecho hombre.

¿Por qué el hombre es tan grande?

El hombre es hechura de Dios, y a Él debe servirle.

1) *Tan grande es el hombre que necesita un Dios por alimento.* Para alimentar el cuerpo, la hierba del campo o unos cuantos granos bastan...; pero para alimentar el alma, creada a imagen de Dios, es preciso la gracia de Dios... Esta alma necesita el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo... *"En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros"*, dijo el mismo Jesucristo" (Jn. 6,54). ¿Podéis formaros una idea de vuestra grandeza?

Es tan sublime, que necesitáis a todo un Dios por alimento; sin este pan, sin el pan eucarístico, no vivís...

2) *El hombre es tan grande que necesita por morada la casa del mismo Dios.* Un simple albañil basta para hacer una casa que libre de la intemperie a nuestro cuerpo. Una mezquina choza cubierta de paja es cuanto necesita; y luego le han de bastar un rincón de tierra y un pobre ataúd...

Pero el alma necesita un palacio, no edificado por mano de hombre, sino por mano del mismo Dios... Ni los más hábiles arquitectos del cielo pueden edificar una habitación digna del alma; es preciso un Arquitecto del cielo; es menester el cielo, la misma morada de Dios... Jesucristo se encargó de tan magnífica construcción. *"Voy, dijo, a preparar lugar para vosotros"* (Jn. 14,2).

3) *Tan grande es el alma, que necesita la inmortalidad.* El hombre necesita la inmortalidad y la tiene. *"Dios ha hecho al hombre inmortal, indestructible"* (Sab. 2,23). *"Irás a la eternidad, que es su morada"* (Ecl. 12,5). Así, pues, nada de transitorio ha sido hecho para el hombre; el hombre ha sido hecho para Dios, que

nunca acaba..., está indudablemente dotado de una dignidad en cierto modo infinita.

No pierdas tu dignidad...

El hombre puede perder su excelsa dignidad pecando. Si tú supieses, oh hombre, leer tus títulos de dignidad y nobleza; si te conocieses, cuánto te respetarías, cuán feliz te creerías, cuánto trabajarías para hacerte digno de tu sublime vocación y de tu alto destino. ¡ Cuánto despreciarías todo lo que es tan inferior a ti y tan indigno de ti! ¡Cuánto te ocuparías de tu sublime fin, que es conocer a Dios, amarle, servirle y obtener la vida y la gloria eterna!.

Pero desgraciadamente para ti, como dice el salmista, eres ciego, sordo y mudo; eres como aquellas estatuas: Tienes boca y no hablas; ojos y no ves; narices y no hueles; manos, y no tocas ningún objeto; pies, y no andas; garganta, y no produces ningún sonido (Sal. 114, 5-7).

El hombre que vive envuelto en el pecado es desgraciado y se le pueden aplicar aquellas terribles palabras: *"El hombre, en medio de su grandeza, no ha comprendido lo que era; se ha igualado a los animales, y se ha hecho como uno de ellos"* (Sal. 49,12).

El hombre sólo es grande por Dios; así es que debe unirse a Él y a Él tan solamente... Recuerde, sí, que no existe sino para conocer, amar y servir a Dios, para obtener la gracia en este mundo, y la eterna gloria en el otro. "Oh hombre, dice San Gregorio de Nisa, no olvides que has sido creado para ver a Dios y contemplarle, y no para arrastrarte en esta miserable tierra; no para vivir como los brutos, lisonjeando tus pasiones, sino para llevar una vida celestial, con objeto de subir al cielo" (Orat 2 in Ps. 33).

"Oh alma, exclama San Agustín, oh alma hecha a imagen de Dios, rescatada con la sangre de Jesucristo, esposa de Jesucristo por la fe, hija adoptiva del Espíritu Santo, adornada de virtudes, destinada a vivir con los ángeles, ama al que te ha amado tanto, ocúpate del que no piensa más que en ti, busca al que te busca, ama a Dios, tu divino amante, vela por tu Dios, que vela por ti, trabaja con Él, puesto que sólo trabaja por ti, y sé pura con Él, que es puro por excelencia, santa con el Santo de los Santos" (*Lib. Confess.*).

Y termino con estas palabras de San Pablo: *"Puesto que habéis recibido por Señor a Jesucristo, seguid sus pasos, unidos a Él como a vuestra raíz y edificados sobre Él como sobre vuestro fundamento y confirmados en la fe"* (Col.2,6-7).

Laudetur Iesuschristus: Alabado sea Jesucristo

ÍNDICE

-Por vía de prólogo 3

Primera parte

PEQUEÑEZ E INSIGNIFICANCIA DEL HOMBRE 5
-¿Qué es el hombre? 5
-Insignificancia del hombre 7
-Dios es el Ser, la criatura el No Ser, la nada 9
-¿Qué es el hombre ante Dios? 11
-Ante la muerte debe desaparecer nuestro orgullo .. 13
-¿Qué llevamos con nosotros al morir? 15
-El pensamiento de la muerte nos es muy saludable 16
-El hombre está rodeado de tentaciones 18
-¿Qué hemos de hacer para ser algo? 20

Segunda parte

GRANDEZA Y DIGNIDAD DEL HOMBRE .. 22
-El hombre es creado a imagen de Dios 22
-¿Por qué fue hecho el hombre a imagen de Dios? 23
-Precio inestimable del hombre 25
-Imperio del hombre 27
-Seamos verdaderamente reyes 29
-El hombre, servidor de Dios 30
-El hombre, hijo de Dios 32
-Dios es nuestro Padre 33
-Somos hijos de Dios por adopción 36
-La filiación y la adopción divinas 38
- Cuán grande es el hombre viviendo en gracia 40
-El hombre costó la sangre de Jesucristo 42
-Grandeza del hombre por participar de la naturaleza divina 43
-¿Por qué el hombre es tan grande? 45
-No pierdas tu dignidad 46